

A C T I T U D E S

P O E S I A S

Por DANIEL F. SANTAMARIA

*Desde los hondos valles
donde triunfa la oscuridad
emergemos hacia el atardecer.
Frio que brilla en remolinos
y un árbol en lo alto,
contra el sol, frente a los Pirineos.*

*Señor, sentimos la nostalgia
de nuestro desamparo,
y nuestra pequeñez
es una piedra
hundiéndose en el pozo
del sentimiento.*

*Señor, un inclemente viento
va apagando las luces pequeñísimas,
pero el corazón asciende hasta tu calma.*

*¿Dónde encontrar un sabor de cerezo?
¿Dónde el alegre viento
entre las ramas de septiembre?*

¿Dónde el pálido sol
abandonado,
como un libro en el campo
o como un viejo enfermo?
Todo está ya perdido.
Vivir momentos plenos,
es coleccionar recuerdos
inservibles
o lamentable olvido.

Evocación o nada,
melancolía o inconsciencia.

Enrique

*Aquellas mis lejanas palabras
entre tu asentimiento.
Las calles impulsadas
con un sabor de vino por el cuerpo...
Tus palabras
—ya tan difusas
¡ay! en el recuerdo—
y mi imaginación
como una onda.*

*Las calles impulsadas
con un sabor de vino por la boca.
En la torre la luna,
la amistad en el puente,
y el entusiasmo
ardiendo en las palabras.*

Cristo

Cristo tuerce los labios
y mira.
Es un hombre en la noche
oyendo las campanas.
Aparece entre los árboles cercanos
y sonríe
(lejano, muy pequeño,
anhelante).
Sus ojos brillan,
nos alarga las manos
con codicia
y se aleja
(asustado, irreal,
tras de nosotros).

En el bosque

Tú venías por el camino forestal.
Yo traía a la lluvia cogida de la mano.
El bosque tenía su leyenda
que alegraban
deportivas muchachas de pantalones cortos.
Tú venías con tus ojos azules.
Una cascada desde lo hondo hablaba.
Chicas francesas, dulcemente cansadas,
volvían en hilera con la mochila al hombro.
Dicen que al bosque lo poblaban ardillas,
cabras hispánicas, jabalíes oscuros.
—Sí, tú venías con tus ojos azules
cantando entre los árboles—.

*Y sin embargo yo nunca pude ver
a los ocultos habitantes del bosque.
En los claros llovía sobre las fresas rojas
y en lo más escondido goteaba la lluvia
suavemente en las hojas podridas.
Yo alegremente te había cogido de la mano
y es que el bosque tenía su leyenda.*

Canción de primavera

*Estaré en la oficina
y pensaré
en los corros de hierba
bajo los olmos.
Compraré resignado
una entrada de cine,
y en las calles
se me irán los ojos
tras las formas movibles.
Las voces claras me llamarán
y no sabré encontrarlas
(y se volverán turbias).
El instinto tendrá que apuñalar
tres veces mi deseo,
y al instinto
opondré mi silencio
y a la vida
la cobarde evasión del pensamiento.*

SOLO EL MAR SUPO DE SUS SUEÑOS

(CUENTO)

Por FELIX FERRER GIMENO

Dos remolcadores surcaban las aguas del puerto en dirección al «Scorpa I», lujosa nave de cuarenta mil toneladas de desplazamiento. Había anclado a una milla del puerto en espera de ser conducida a la dársena reservada a los grandes trasatlánticos. Otro barco, el «Sestao», de pequeño cabotaje, enfilaba la proa hacia uno de los muelles. Una goleta que se hallaba fondeada junto a una escalera de piedra, empezó a maniobrar. Ricardo, miraba inquieto al hombre que en la cubierta sujetaba las cuerdas de una vela que arriaba. Era un poco encorvado y llevaba una capa oscura impermeabilizada. El «Scorpa I» se acercó pronto a la dársena y Ricardo fue hacia él apresuradamente. Quería verlo ver desde más cerca. El cielo, encapotado, dejaba caer una lluvia fina y persistente que humedecía sus hombros. No le importaba que la camisa, empapada por el pequeño aguacero, destiñera; que manchara su cuerpo joven, con tal de estar allí, junto a las embarcaciones o hablando con la gente del mar. A dos metros de distancia, estaba el lujoso e impresionante buque. Su presencia le produjo un estremecimiento profundo.

—¡Eh, muchacho, sal de ahí!—le gritó un marinero.

Ricardo, permaneció quieto.

—¡Cuidado, que van a soltar los cables para el amarre!—volvió a gritar el marinero.

Ricardo, al fin, reaccionó:

—¿Puedo ayudar? ¡Quiero ser marinero!—dijo.

Estas últimas palabras apenas si se oyeron. Era la primera vez que había confesado su secreto más íntimo. Los gruesos cables de acero saltaron a tierra. Por la escalerilla subieron dos oficiales de aduanas; también policía. Al poco tiempo, regresaron a tierra.

La potente grúa que se erguía mirando hacia el horizonte, empezó a descargar la mercancía que dejaba el «Scorpa I». Al maniobrar una de las veces, varios sacos cayeron estrepitosamente al suelo. Un grito de espanto congregó a varios curiosos que miraban asustados el cuerpo de un chiquillo que yacía en el suelo. Las autoridades marítimas ordenaron el traslado del herido a un hospital de urgencia.

Cuando Ricardo recobró el conocimiento, la ambulancia que lo conducía llegaba a la clínica de urgencia.

—¿Qué me ha pasado?—preguntó al sanitario que le sonreía.

—Nada—dijo éste.

Ricardo se tocó los miembros; quiso incorporarse, pero un fuerte dolor le había paralizado el cuerpo sudoroso y frío.

—¿Cómo te llamas, pequeño?—le dijo.

—Ricardo—contestó.

—¿Qué más?

—Ricardo solamente—aclaró y se quedó triste.

En el hospital, un médico indicó a dos enfermeros que le quitaran las ropas al muchacho; luego, le tomó el pulso.

—Has tenido suerte, chaval—le dijo—, y se fue hacia otra camilla en la que había una mujer echada.

Ricardo no sabía qué iban a hacer con él. Le seguía doliendo la cabeza, los músculos, toda su entraña. De pronto, empezó a recordar el sonido de las sirenas y el olor fuerte del agua sucia del puerto. Se quedó dormido.

En la sala de Rayos X, el jefe de los servicios de Traumatología le recomendó reposo y sobrealimentación.

Unas campanas despertaron al muchacho. Sobresaltado, miró a su alrededor; por un momento tuvo miedo, luego fue recordando la ambulancia, el cuarto con olor a éter, un olor que no había sentido nunca y que le adormecía; la mesa de reconocimiento, donde un médico con bata blanca le iba palpando su cuerpo desnudo. Sobre una repisa, estaba la Virgen del Carmen, adornada con claveles rojos y blancos. Ricardo, se la miró fijamente y le rezó con devoción. Había dos camas más, pero estaban vacías. Por un altavoz rogaban al doctor Echarri que

acudiera urgentemente a los quirófanos. En el pasillo se oyeron pasos y el miedo volvió a apoderarse del muchacho. Su imaginación un tanto desbordada le decía que era muy desgraciado, que se iba a morir. Volvió a mirar la imagen. Una monja se acercó a él.

—Dentro de muy pocos días estarás del todo bien—le dijo la hermana acariciándole la frente.

Ricardo, respiró hondo...

El sol inundó de luz la habitación blanca y limpia. Era el comienzo de un nuevo día.

Cuando volvió al puerto, el «Scorpa I» había zarpado. Un hombre tocado con un sombrero de paja, contemplaba el aparejo lanzado al agua. Ricardo no comprendía cómo el improvisado pescador podía permanecer tanto tiempo quieto esperando que picara algún pequeño pez. Siguió andando. A pocos metros, mujeres con cestos en la cabeza esperaban la llegada de las motoras cargadas de sardinas. Un viejo que colgaba un acordeón a la espalda, se paró junto al grupo.

—¿Por qué no toca algo, abuelo?—le dijo el muchacho.

De su acordeón salieron las notas de una cancioncilla francesa, aprendida seguramente en algún puerto. El viejo tocaba con nostalgia, como recordando algo... Tres rapazas se pusieron a bailar. Hacía calor. Ricardo se quitó la camisa y se tiró al agua. Quería demostrarse a sí mismo que sabía nadar, que servía para marinero... pero le fallaron las fuerzas. Las rapazas seguían bailando, apenas si se dieron cuenta de que Ricardo se ahogaba. Cuando lo sacaron tenía el cuerpo rígido y los ojos cerrados. Su expresión era dulce; quizás soñara con el mar.

